



Nuria Roca  
Juan del Val  
*Lo inevitable  
del amor*

Nuria Roca y Juan del Val vuelven a acertar con una novela en la que si crees saber lo que está pasando, posiblemente te equivocas.

María dirige uno de los estudios de arquitectura más prestigiosos de España. Guapa, inteligente, con éxito, tiene un marido de película y dos hijas preciosas... Así es su vida... aparentemente.

Pero ¿por qué no ha sabido nunca quién es su verdadero padre? ¿Dónde están sus amigas? ¿Cuál es la situación financiera de su empresa? ¿Quién es ella realmente? Una estafa, una muerte inesperada, una madre con poderes, intriga, sexo e, inevitablemente, el amor.

*A mi madre*

Tengo treinta y nueve años, que me parece una edad absurda por no ser ni una cosa ni la otra. Me llamo María Puente, que es un nombre muy normal, aunque en realidad mi nombre completo es María del Pino Puente Sánchez. Si lo dices muy deprisa, la gente no cae en lo de «pino-puente», algo que marcó mi adolescencia en el colegio, sobre todo en clase de gimnasia. Alguna vez reproché a mis padres que, apellidándome Puente, me bautizaran como María del Pino, en lugar de María del Carmen, por ejemplo, que es mucho más normal. La explicación de mi madre era que en su época no existía eso del «pinopuente». Y es que mi madre nunca dio clase de gimnasia.

Tengo que vestirme para ir a recoger a Carla y a Julia al colegio. Siempre vuelven a casa en la ruta, pero hoy quiero ir yo a buscarlas. Salen a las cinco y, para un día que puedo, quiero aprovechar. Todavía estoy un poco aturdida por los efectos de la botella de vino que nos hemos bebido Eugenio y yo en la comida. Últimamente necesito beber para que me apetezca acostarme con él. Y, desde hace tiempo, el mejor momento para mí es después de comer.

Eugenio se está abrochando los puños de la camisa con unos gemelos que yo le regalé en su último cumpleaños.

—Yo me voy para el estudio —me dice—. ¿Te veo luego por allí?

—No. Voy a ir a por las niñas y después he quedado con los americanos para visitar su obra antes de volver a casa.

Lo nuestro se está acabando. Es demasiado tiempo. Lo noto mientras le veo arreglarse. Eugenio es un hombre guapo y elegante. Antes me encantaba verle vestirse. Cuando se mete la camisa por dentro del pantalón del traje, siempre le queda perfecta, con una tersura casi artificial. Después, la maestría al colocarse los gemelos, al atarse los cordones de los zapatos, siempre brillantes, con tal precisión que los dos lazos quedan exactamente iguales, y su manera rítmica de hacerse el nudo de la corbata frente al espejo, que queda justo a la altura de la hebilla del cinturón.

Eugenio es fuerte y musculoso, con él siempre he tenido la tendencia a dejarme poseer, a disfrutar de mi pasividad, a abandonarme a lo que quisiera hacerme, incapaz de defenderme de su fortaleza. Con él, ése era mi instinto. Ahora le miro desde la cama y ya no me pasa lo que me pasaba cuando le veo ponerse la chaqueta y darme un beso de despedida.

—¡María, date prisa, que no vas a llegar al cole a recoger a las niñas!

Soy arquitecta. Una arquitecta brillante. Fui la número uno de mi promoción, logré algunos premios internacionales con mis primeros proyectos y con veintisiete años monté un estudio que hoy es uno de los más importantes de España. Me va bien, incluso en esta época de crisis me mantengo, y con lo que he conseguido durante todos estos años, la cuestión económica no es mi principal problema. La parte financiera del despacho la lleva mi marido. Menos mal, porque yo en eso soy un desastre. Me pierdo cuando se habla de ese tema porque no me interesa y, siendo sincera, tampoco lo entiendo. Así que el estudio es mío, pero sin él, tengo que reconocerlo, esta empresa no hubiera sido lo que es.

No es fácil terminar una relación. Aunque sepas que ya está acabada desde hace tiempo, te sigues engañando, poniendo excusas, como esa de que «en el fondo le quiero». Claro que le quiero, eso no tiene mérito después de las cosas que hemos vivido juntos. Eugenio me ha hecho disfrutar tanto, me he reído tanto con él... Pero ya no. Desde hace algún tiempo, no.

A lo mejor se lo digo hoy. En el estudio, antes de ir a casa. Posiblemente, no vaya a ver a los americanos y quede con él para decirle que lo nuestro tiene que acabarse.

Los americanos son Gene y Patty, una pareja de Nueva York con mucho dinero que nos encargaron el proyecto de una casa a las afueras de Madrid. Pusieron como condición que yo fuera la responsable de llevarlo a cabo, sin poder delegar en ningún otro arquitecto del estudio. Era un empeño de Gene, que, al parecer, había visto mi trabajo en nuestra web, se había informado bien sobre el estudio y sobre mí y exigió que el trato fuera directamente conmigo, sin ningún intermediario. Desde el diseño de los planos hasta la elección de materiales, cada posible cambio, o el más mínimo detalle durante todo el proceso de construcción debía comunicárselo yo personalmente. Los dos, especialmente Gene, conocían a la perfección cada una de mis casas y edificios. Me acabaron convenciendo para que no delegara en nadie el trabajo por medio del halago y además pagan esa dedicación exclusiva a un precio mucho más alto del que merezco. Esta casa está siendo, desde luego, la construcción más rentable de cuantas hemos hecho en Puente.

No acepté sólo por dinero, sino por el respeto que los dos tenían por mi trabajo y porque desde el principio demostraron un gusto excelente y un sentido estético muy cercano al mío. Gene es un escultor muy reconocido en Estados Unidos que vende su obra por todo el mundo y Patty dirige algunas galerías de arte en Manhattan. Gene y yo co-

nectamos desde el principio, y eso que corrigió casi por completo el primer proyecto que les presenté. A otro no se lo hubiera consentido, pero sus cambios lo mejoraban tanto que decidí no defender mi criterio y hacerle caso. Me di cuenta pronto de que era una suerte trabajar con un artista de ese nivel, hasta podría aprender. Y además estaba dispuesto a pagar el valor de cada cosa e incluso más.

La mayoría de mis clientes no son así, qué más quisiera. También tienen dinero, claro, pero un nulo conocimiento del arte y de la arquitectura y muchas veces un gusto lamentable. Se han hecho ricos en la construcción, dirigiendo bancos, vendiendo y comprando cosas o jugando al fútbol. Lo bueno de ellos es que su escasa cultura les hace ser muy impresionables y basta una presentación ostentosa del proyecto de su casa para que lo acepten con entusiasmo, ellos y, sobre todo, sus mujeres.

Todo lo que se diseña en el estudio lleva mi sello, una manera de hacer, de concebir la arquitectura que ha dotado a la empresa de una personalidad propia. He conseguido esa marca a costa de rechazar proyectos. He dicho no —sobre todo al principio— a muchos encargos, aunque con algunos dejé de ganar bastante dinero. No hago casas que no me gusten, no concibo edificios de los que pueda avergonzarme, ni espacios a los que no encuentre una racionalidad, mi racionalidad.

De los que diseño cambiaría buena parte de ellos cuando están contruidos, pero eso es otra cuestión. Dicen que muchos escritores no pueden volver a leer sus obras porque harían correcciones casi en cada párrafo. Eso es un poco lo que me pasa a mí con lo que construyo.

Yo no diseño cada encargo que nos llega al estudio, pero todos pasan por mí para su aprobación. Superviso siempre lo que dibujan mis arquitectos. Ahora debo de tener más o menos cincuenta, entre la delegación que tenemos en Valencia y en Madrid, unos quince menos que cuando empezó la crisis, pero los que quedan, de momento, los

podré mantener. Eso espero. Son buenos y saben cómo se trabaja aquí. Saben cómo trabajo yo. Saben cómo soy.

Me cuesta creer que ésta haya sido la última vez que me he acostado con Eugenio. Me pone nerviosa ese pensamiento. Muy nerviosa, pero nada triste. Le llamo al móvil.

—¡Eugenio! He retrasado mi encuentro con los americanos para mañana. Me gustaría verte luego en el despacho, antes de ir a casa.

—¿Pasa algo?

—Tenemos que hablar.

—¡Pasa algo!

—Quiero dejarlo.

—No me parece que por teléfono...

—Llevas razón —le digo—. Me paso luego por ahí y hablamos. Las niñas están con la chica y quiero llegar antes de que se acuesten.

Conocí a Eugenio en la universidad, en cuarto de carrera. En un principio no me gustó por el mismo motivo por el que después me encantó. Éramos muy distintos. Yo era una alumna brillante y él, cuando aprobaba, lo hacía con lo justo. Yo llegué a cuarto a curso por año, y allí me lo encontré, tres años mayor que yo, los que tardó de más en llegar. Era de un equipo de rugby, hacía artes marciales, pasaba de política, jugaba al mus, dicen que con maestría, y le gustaba el fútbol. Yo leía poesía, no soportaba los deportes y era una feminista radical. Eugenio alternaba con rubias y morenas al tiempo que con rellenas y flacas. Y yo, que por supuesto no quería ningún novio, tenía algunas relaciones ocasionales a las que solía seguir un largo periodo de abstinencia. Era una mujer libre, me decía a mí misma muy convencida.



Nuestro primer encuentro fue un desastre. Yo me relacionaba poco con el resto de alumnos, pero tenía dos amigas, Elisa y Blanca, con las que solía intercambiar apuntes y tomar algo después de salir de clase. Un viernes que salimos juntas Blanca había quedado a su vez con un grupo de otros tres chicos que lideraba Eugenio. Él y yo no encajamos, hasta el punto de enzarzarnos en una absurda discusión que acabó con él llamándome «amargada» y yo a él «machista de mierda», un insulto al que yo recurría con frecuencia en aquella época. Se lo llamaba a todo el mundo, porque por aquel entonces casi todo el mundo me lo parecía. Me da un poco de vergüenza recordar aquel extremismo que me acompañaba en esos años, igual que cuando veo tiempo después los edificios que he diseñado.

Con el paso de los años Eugenio y yo nos hemos acordado algunas veces de aquel primer encuentro, pero sin poder precisar nunca cuál fue el motivo de la discusión. Eso sí, estoy casi segura de que yo no llevaba razón.

Quise ser arquitecto desde muy niña. Me obsesionaban los estudios y el dibujo. Un día, tendría yo ocho o nueve años, estaban poniendo en televisión un reportaje en el que se hablaba de arquitectura, desde las pirámides de Egipto hasta las Torres Gemelas de Nueva York. No recuerdo nada de lo que contaban, pero tengo nítida la idea de que después de aquel programa ya tuve claro lo que iba a ser de mayor.

Tenía una habilidad innata para dibujar. Mi estado natural desde que tengo memoria es con un lápiz en la mano, plasmando cuanto veía. Aunque mi madre se desesperaba, o precisamente por ello, nunca me dio por pintar paisajes bucólicos, ni flores, ni bodegones. Yo casi siempre dibujaba una parte del todo. De una profesora podía dibujar sólo uno de sus ojos; de mi madre, la nariz; de una compañera, sus labios. Y eran ellas, inconfundiblemente. Tardé mucho,

hasta pasada la adolescencia, en dibujar a las personas enteras. Me parecía que lo evidente tenía poco interés, y si no me lo parecía entonces, tan niña, me lo parece ahora.

Qué rabia me da sentir la nostalgia que siento pensando en Eugenio. Si me quedo agarrada a ella, no voy a ser capaz de decirle que lo nuestro tiene que acabar. La nostalgia se aprovecha también de esa visión por partes que tenía dibujando de niña. Y a mi mente sólo vienen las partes mejores, aquéllas en las que no aparecen ni el aburrimiento ni la rutina. Sólo las risas y los besos y la pasión. Y, como en los dibujos, esas partes son también, inconfundiblemente, Eugenio. La nostalgia convierte los mejores recuerdos en presente. Es así de perversa.

Mis hijas, ya lo he dicho, se llaman Carla y Julia. Son mellizas y tienen diez años. Hace un par de décadas tener mellizos era excepcional, casi un accidente, pero ahora, con los tratamientos de fertilidad, es más habitual. Muchas parejas dicen que es porque en su familia hay antecedentes, pero casi nunca es verdad. Nunca he comprendido por qué mentimos en esto, pero el caso es que se hace. Yo, a las mías, las tuve porque me sometí a un tratamiento después de unos meses intentando tener hijos por el método natural sin lograrlo. Cada vez que escucho decir a una persona eso de «por el método natural» me la imagino follando en la cama, no lo puedo evitar. La visualizo durante un rato con su pareja y tardo en volver a la conversación.

La versión oficial desde que supe que mi embarazo era doble fue que en la familia de mi madre había un par de tías que habían tenido mellizos hacía mucho tiempo. El problema de aquella mentira es que la interioricé tanto que un día, embarazada de siete meses, se la estaba contando a mi propia madre, que me recordó que ella no tuvo jamás una tía con mellizos. Lo hizo con naturalidad, sin meter demasiado el dedo en la herida que provocaba mi absurda

mentira y siguió leyendo el *¡Hola!* «Esta chica me encanta —dijo de una actriz que salía fotografiada con su nuevo novio—, siempre tan mona».

Carla se parece mucho a mí y Julia más a su padre, tanto físicamente como en el carácter. Carla es rubia como yo y Julia morena como él. La genética es muy caprichosa. A las dos les gusta dibujar, aunque Carla es más constante, más disciplinada. Por eso digo que se parece más a mí, creo. Julia es más guapa, a pesar de tener las orejas de soplillo. No muy grandes, menos mal, pero muy de soplillo. En eso es idéntica a su padre, aunque él se las operó nada más terminar la carrera. Yo no llegué a conocerle con las orejas abiertas, pero le he visto en foto y la pobre Julia las tiene igualitas. Todavía es pequeña y no le afecta, pero supongo que dentro de pocos cursos los niños le harán sufrir en el cole por ese motivo. Su padre me contaba que las orejas de soplillo le traumatizaron mucho. La mayoría de los niños con los que jugaba ni siquiera sabían su nombre porque él era sencillamente «el Orejas». No le echaron mucha imaginación las criaturas en el mote porque tampoco era necesario. «¡Eh, Orejas, pásame la pelota!». Un apodo descriptivo cuya crueldad residía precisamente en su simpleza. Cuando me lo cuenta, me río, pero como a mi niña alguien se le ocurra llamarle «la Orejas» no sé lo que le hago.

Me gusta mi familia, la he hecho bien. A veces me parece que es una creación similar a construir un edificio. Al margen del tópico ese tan cursi de que la relación con mi marido tiene buenos cimientos, la mía además es una familia bonita. Puede parecer una definición un poco frívola, y lo es, pero lo pienso de verdad. Los cuatro somos guapos, tenemos clase y pegamos mucho entre nosotros. Sí, ya sé que no queda muy bien decirlo, pero somos una familia bonita.

No estar bien con Eugenio afecta a todo lo que me rodea, también a mi familia. Pero hay que ser honesta y lo nuestro tiene que terminar porque, de no ser así, lo contaminará todo. Es mejor acabar cuando no todo está muerto, cuando las cosas aún tienen algo de color.

Cuando llego al estudio, ya sólo quedan un par de arquitectos. Y Eugenio, que me está esperando y que se levanta al verme entrar en mi despacho.

—¡Pasa y cierra la puerta! —le digo cuando ya está dentro.

—¿Lo tienes claro? —me pregunta sin sentarse.

—Sí, quiero dejarlo.

—Esto ya ha sucedido otras veces —me recuerda— y yo no puedo estar así eternamente.

—Ahora estoy convencida.

—¿Hay alguien?

Hay preguntas que no quieres que te respondan, porque un «sí» dolería y un «no» no sería creíble. «¿Hay alguien?» es una de ellas.

—Ése no es el problema, y lo sabes —contesto.

Eugenio y yo nos conocemos muy bien. Hemos sido cómplices de muchas cosas. No nos podemos engañar con facilidad porque hay algo en nuestra mirada que nos delata. Nos miramos fijamente unos segundos en silencio, los dos de pie, cada uno a un lado de la mesa de mi despacho y nuestras miradas descubren la verdad del otro. Y esa verdad es que yo ya no quiero estar con él y que a él no le importa demasiado. Eugenio y yo lo hemos dejado otras veces, pero los dos nos damos cuenta de que ésta es distinta.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me dice interrumpiendo la conexión de las miradas.

—Eso siempre —contesto mientras le beso en los labios.

—Si te parece, voy a irme a Valencia mañana.

—Perfecto. Es mejor que no vengas al despacho durante unos días.

En Valencia tenemos una delegación del estudio. Abrimos allí porque hace unos años construimos mucho en Levante, era una tierra esplendorosa para los negocios. Hicimos viviendas, un campo de golf y también algo de obra pública. Ahora todo es distinto, ya no hay negocio y estamos valorando la posibilidad de cerrar la delegación y quedarnos sólo en Madrid. Son decisiones que han de tomarse si diriges una empresa, aunque yo nunca las tomo hasta que no me dicen que hay que tomarlas. No entiendo de eso, no me apetece entender. A veces me arrepiento de estar en esta aventura empresarial y creo que si volviera atrás, no lo haría. Menos mal que tengo a mi marido, que se encarga del trabajo sucio, ese que tiene que ver con los números, los balances, la financiación... Eso, pase lo que pase entre nosotros, sé que nunca cambiará.

El estudio, ya lo he dicho, se llama Puente. Ése es su nombre porque no se me ocurrió ninguno mejor. Es mi apellido y tiene que ver con la construcción, si bien, curiosidades aparte, yo jamás he diseñado un puente.

Trabajo más de diez horas al día de lunes a jueves y el viernes me lo suelo tomar libre a partir de las dos. Algunas veces me llevo trabajo a casa los fines de semana y lo voy adelantando antes de que las niñas se despierten. Yo me levanto todos los días a las siete, sábados y domingos también, así que tengo un par de horas o tres para dibujar antes de estar con ellas.

Hoy es jueves y es bueno que Eugenio se haya ido a Valencia esta misma noche y vaya a pasar allí la semana que viene entera. Aunque hablaremos, no le veré en los próximos días. Hay que ir normalizando la situación. Creo que él también lo tiene claro y eso nos facilitará mucho las cosas.

El atasco de vuelta a casa ha sido aún peor de lo habitual porque un camión de naranjas ha perdido su carga en la M-40. Un día más las niñas ya estarán durmiendo. Les he dado las buenas noches por el móvil desde el coche, mientras estaba parada. Espero que me tenga la cena preparada.

Me encanta llegar a casa los jueves, es mi día preferido, por la noche doy casi la semana por terminada. El viernes es más relajado y por delante está el fin de semana.

—¡Mamá, mamá! —me reciben mis hijas corriendo hasta la puerta.

—¡Reinas! ¿Pero vosotras no estabais durmiendo?

—Te queríamos dar una sorpresa —dice Julia.

—Papá te ha hecho canelones —desvela Carla.

—Tonta, no se lo digas, que era sorpresa.

Da igual que Carla haya desvelado el secreto. De la cocina viene el aroma inconfundible de los canelones, mi comida preferida. Sobre todo los que hace Óscar, mi marido, que son los mejores del mundo.

Las niñas me arrastran hasta la cocina y allí está él terminando de servirlos en la mesa.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el día?

—Mucho lío, como siempre.

—¡Venga, niñas! —les digo—. Subid a la cama que papá y yo queremos cenar tranquilos.

Óscar, además de ser mi marido y el padre de mis hijas, es, como he dicho, el director financiero del estudio y el encargado de hacer y deshacer todo lo que tenga relación con la economía del despacho. Yo ya no tengo ni que firmar porque le di a él todos los poderes para no perder tiempo en esas cosas. Óscar entró a trabajar en Puente a los tres años de su creación, justo cuando nos empezábamos a hacer grandes. Me lo recomendó mi padre, que lo había conocido después de haber salvado un par de empresas de amigos suyos a base de una buena organización y de un par de ideas para ampliar líneas de negocio que fueron muy rentables en ambos casos. A mí, que siempre he tenido la certeza de que lo único que sé hacer bien es dibujar, cuando oía hablar de «líneas de negocio» y «rentabilidades», me entraba un poco de ansiedad. Mi padre, que siempre me ha ayudado a llevar la empresa, me dijo que había que contratarle porque el estudio lo necesitaba —había crecido mucho y se me estaba escapando de las manos— y porque en ese momento estaba libre después de haber dejado la última empresa en la que había trabajado, una firma discográfica.

Hay días que parecen ser como otro cualquiera, veinticuatro horas más que pasan después de las anteriores y previas a las que compondrán el día siguiente. Así era el día en el que Óscar llegó al estudio para que yo le hiciera la entrevista de trabajo. Ese día, que transcurría como los demás, yo esperaba a un economista cincuentón, con poco pelo, con su traje y su corbata y un probable sobrepeso,